

HOMILÍAS P. ERNESTO POPELKA

TIJUANA, MÉXICO – 2017

De la confianza y las confidencias de Jesús

SALMO 61

Sólo en Dios he puesto mi confianza
Porque de El vendrá el bien que espero
El es mi refugio y mi defensa
Ya nada me inquietará
Sólo Dios es mi Esperanza
Mi confianza es el Señor

EL BUEN PASTOR
Mateo 23



El es mi baluarte y firmeza
El es mi Dios y Salvador
De Dios viene mi salvación y mi gloria
El es mi roca firme y mi refugio
Confía siempre en El, pueblo mío
Y desahoga tu corazón en su Presencia.



CUARESMA

Tiempo de Reconciliación

*No sé que Tú, Padre,
me esperas siempre
y cuando regrese me recibirás
con los brazos abiertos*



DE CONFIDENCIAS A VIDA ETERNA



DAME DE BEBER



ÍNDICE

Pág.

- | | |
|---|----|
| 1. CONFIANZA Y ESPECIALIZACIÓN EN DIOS
26-02-17, Domingo VIII del Tiempo Ordinario, Ciclo A. | 3 |
| 2. CREACIÓN -BÂRÂ'-, CONFIANZA Y RECONCILIACIÓN
05-03-17, Domingo I de Cuaresma, Ciclo A. | 22 |
| 3. DE LAS CONFIDENCIAS DE JESÚS A LA VIDA ETERNA
19-03-17, Domingo III de Cuaresma, Ciclo A. | 39 |

CONFIANZA Y ESPECIALIZACIÓN EN DIOS

26-02-17, Domingo VIII del Tiempo Ordinario, Ciclo A.

Lecturas: Is 49, 14-15; Sal 61, 2-3.6-7.8-9b; 1 Co 4, 1-5

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo y la protección de María Santísima, nuestra Señora de Guadalupe, estén, queridos hermanos, con todos ustedes.

Venimos con alegría al encuentro del Señor. Eso es lo que nos da la alegría verdadera, la alegría cristiana. *El Señor es mi Pastor*, y teniéndolo a Él conmigo, *nada me falta* (Sal 22, 1). No es: “El Señor y otras cosas”; no sería Señor, no sería Dios. Por lo tanto, venimos al templo con alegría por el encuentro con Cristo, Dios hecho hombre y nacido de María Santísima. Ésa es nuestra confianza. Ésa es nuestra esperanza. Ésa es nuestra fe. Eso es lo único que queremos verdaderamente los cristianos. “Por si las moscas”, digo que no es “primeramente Dios”, como me enseñaron a decir aquí en México, sino que es *solamente Dios* como dice el Salmo 61 (v. 2) que hoy vamos a recitar, porque si no, no sería Dios; si fuera primeramente habría un segundamente, un terceramente, etc.

De eso va a tratar, queridos hermanos, este octavo domingo del Tiempo Ordinario: *de la confianza y de la*

especialización en Dios, de la dedicación exclusiva en Dios. Quédense tranquilos que si de ese modo vivimos nuestra fe -exclusivamente en Dios y renunciando a lo demás- no solamente aseguramos el Reino de los Cielos, sino que también, ya en este mundo, Dios que es nuestro Padre y bien sabe lo que necesitamos (cf. Mt 6, 8), nos dará todo aquello que precisemos.

En esta celebración, lógicamente, también vamos a estar añadiendo muchas de nuestras intenciones. Algunas nos alegran, otras nos entristecen, es el vaivén de la vida: momentos de luz, momentos de sombra; momentos de noche oscura, momentos de luz radiante; de las buenas, de las malas; de la salud, de la enfermedad. Pero especialmente pidiéndole a Dios que Él no nos falte; y lo demás, que sea lo que Él quiera.

Hoy vamos a estar presentando criaturas: dando gracias por unas que cumplen tres años, otras su primer año de vida; también recordando a nuestros angelitos de Dios, como “la Vale”, fallecida hace siete años, a quien siempre tenemos presente con sus recuercitos. Pedimos por Doña Esperanza que acaba de fallecer, aquí veo a dos de sus hijos. ¡Normita, es como si la viera aquí con su silla de ruedas! ¿Recuerdan a la señora a quien yo siempre iba a darle un beso y le llevaba la comunión? ¡Divina Doña Esperanza!, la abuela de Rafael. También vamos a tener presente a Guadalupe -cada vez que te veo, siempre recuerdo a tu mamá-. A todos nuestros seres queridos

fallecidos vamos a tenerlos presentes. Agradecemos también por cumpleaños y por gracias recibidas. Pedimos por la salud, el restablecimiento y el éxito en operaciones de seres queridos; especialmente por “el Toño”, que en vez de mejorar parece que se le ha complicado su situación.

Con todo lo cual, queridos hermanos, para no seguir abundando en detalles -detalles que adornan la celebración y no la distraen-, iniciamos esta Santa Misa, primeramente, con la humildad de nuestros corazones, reconociendo nuestros pecados.

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo:

*En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:
“Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o bien obedecerá al primero y no le hará caso al segundo. En resumen, no pueden ustedes servir a Dios y al dinero.*

“Por eso les digo que no se preocupen por su vida pensando qué comerán o con qué se vestirán: ¿acaso no vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo que ni siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no valen

ustedes más que ellas? ¿Quién de ustedes, a fuerza de preocuparse, puede prolongar su vida siquiera un momento?

“¿Y por qué se preocupan del vestido? Miren cómo crecen los lirios del campo que no trabajan ni hilan. Pues bien, yo les aseguro que ni Salomón en el esplendor de su gloria se vestía como uno de ellos. Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy florece y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe? No se inquieten, pues, pensando: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos vestiremos?’. Los que no conocen a Dios se desviven por todas estas cosas, pero el Padre celestial ya sabe que ustedes tienen necesidad de ellas. Por consiguiente, busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se les darán por añadidura. No se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana traerá ya sus propias preocupaciones. A cada día le bastan sus propios problemas” (Mt 6, 24-34).

1) Textos

Les leí especialmente el salmo 61, en primer lugar, lógicamente, porque me gusta y me deleito recitándolo. Y también se los puse en cartelera como tema central de la meditación de este domingo, al mismo tiempo que esta frase de Jesús que culmina el Evangelio, para subrayar lo que dice Jesús: “No se preocupen: no anden con ansiedad; no se desvelen por las metas, por los sueños, por los ideales de este mundo o de esta vida. Preocúpense por Dios, por el Reino de los Cielos. Quédense tranquilos, confíen en Dios. ¿Y el resto? El resto veremos, a ver qué pasa. Pero no pierdan de vista el único objetivo que en la vida no sólo nos da la vida eterna, sino que también nos da ésta”. Como dice Jesús: “¡Ah! Y por añadidura, como pilón -como diciendo, en segundo plano-, también les voy a dar todo lo que necesiten” (cf. Mt 6, 31-34). Como hizo aquella vez con el paralítico, cuando todo el mundo decía: “¡Que le cure la parálisis!, ¡que le cure la parálisis!” y Jesús le dijo: *Tus pecados te son perdonados* (Mc 2, 5), o sea, le dio la paz al alma. Y luego le dijo: “¡Ah! Además, toma tu camilla y vete caminando a tu casa” (cf. Mc 2, 1-12). Como si aquellas cosas que en la vida tanto nos preocupan fueran como una propina o un porcentaje final, ¿entienden?

También podría haberles subrayado en la primera lectura la última frase, cuando el Señor dice: *Aunque una madre*

se olvide de su hijo, yo nunca me olvidaré de ti, dice el Señor todopoderoso (Is 49, 15). Todos textos que aluden, precisamente, a esa confianza absoluta: En ti he puesto, Señor, mi confianza; Sólo el Señor es mi baluarte; Sólo Dios es mi esperanza (Sal 61, 1.3.6). De la misma manera que estos textos del día de hoy, también a lo largo de la semana estuvimos repasando, observando y meditando precisamente textos que apuntan en esta dirección: la exclusividad, el profesionalismo, digamos: la especialización en Dios. El martes leíamos en el libro del Eclesiástico: Confíate en el Señor y Él cuidará de ti, espera en Él, Él te allanará el camino. Los que creen en el Señor esperen en su misericordia, no se alejen de Él. Confíen en Él porque Él no los dejará sin recompensa. Los que aman al Señor esperen sus beneficios, su misericordia, la felicidad eterna. Miren a sus antepasados, ¿quién confió en el Señor y quedó defraudado?, ¿quién perseveró en su santo temor y fue abandonado?, ¿quién lo invocó y quedó desatendido? El Señor es clemente, misericordioso, perdona los pecados, te salva en el tiempo de la tribulación (Si 2, 6-11). El salmo 36: Pon tu vida en manos del Señor. Pon tu esperanza en Dios, practica el bien, vivirás tranquilo, busca en Él -en Dios- tu alegría, y te dará el Señor cuanto deseas. El Señor cuida la vida de quienes lo siguen y de quienes ponen en Él su confianza... Dios salva, a quien confía en Él, de la maldad (v. 3-6.40).

El miércoles, salmo 22: *El Señor es mi Pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace reposar, hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. Él es Dios, fiel a sus promesas, siempre me guía por el camino recto. Aunque camine por cañadas oscuras -momentos difíciles, de muerte, de oscuridad- nada temo, porque Tú, Señor, estás conmigo; tu vara, tu callado, me dan seguridad. Tú mismo me preparas la mesa frente a mis adversarios, me unges la cabeza con perfume, llenas mi copa hasta los bordes. Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida y viviré en la Casa del Señor por años, sin término (v. 1-6).*

O el jueves, Salmo 1, así empieza el libro de los salmos: *Dichoso el hombre que confía en el Señor, aquél que no se guía por mundanos criterios, que no anda en malos pasos ni se burla del bueno, que ama la ley de Dios. Dichoso el hombre que se goza en cumplir sus mandamientos, es como un árbol plantado junto al río, que da fruto a su tiempo, nunca se marchita, en todo tendrá éxito (v. 1-3).*

En fin... “en Phoenix, Arizona”, dijo aquél.

O sea, “más claro, échenle agua”, es evidente. ¡Y podría seguir! Si hubiesen traído el lonche los tengo aquí hasta la noche, citándoles textos donde Dios, que ama de manera exclusiva y que se entrega por cada uno de nosotros, pide lo mismo a cambio. ¿Qué tanta historia? ¡El amor es así! El amor es exclusivo, no es para andar repartiéndolo: un poquito a ti, otro poquito acá, otro poquito allá... Así

hacemos con los negocios, que ponemos un poquito de dinero en esto, un poquito de dinero en esto otro, ¡por las dudas!, ¡por si las moscas! Bueno, en fin, así se mueve el mundo. Pero en Dios, en el amor, no. Díganle a la esposa: “Te quiero mucho a ti, mi amor, primeramente, y después...”. “¿Y después qué???” -dirá ella-, enseguida saca una pistola y te dispara. ¡Háganlo, a ver cómo les va! “¡Mi amor!, yo te quiero mucho a ti y además...”. “¿Y además qué???”. Porque el amor es exclusivo y pretende eso; es monogámico, es como un embudo que se enfoca. Donde uno se dispersa, es como que la energía se diluye; no hay concentración, no hay *target*, no hay blanco, no hay objetivo. El mismo amor tiene que tener esa capacidad -siendo universal, sí- pero es también exclusivo, celoso, monogámico, único, se especializa. Y Dios hace eso con nosotros. Y por eso también pide a cambio confianza absoluta.

2) Confianza

Muchas veces hemos meditado sobre esa realidad de la confianza que Dios nos pide y hemos visto que, justamente, la propia palabra tiene muchas acepciones, derivados o ramificaciones de la palabra *fiar*, que es la que le da raíz a “confianza”. Por ejemplo: “Hoy no se fia” -dice ahí en la tienda de abarrotes- “mañana sí, venga mañana”. O: “Aquél salió bajo fianza”, o sea, salió con un

aval, con una garantía. “Fulano de tal es fiable”. “¡No, Fulano de tal no es confiable!”. Son todas palabras derivadas, ¿no es cierto? A quien le cuento mis secretos, decimos que le cuento mis confidencias; ése es mi confidente. ¿Al otro? Al otro lo mando para el facebook, para que se entere de lo que se entera todo el mundo; pero al íntimo, al que me merece confianza, le cuento mis confidencias, ¿no es cierto? La palabra *trust*, en inglés, aparece en todos los dólares: *In God we trust*, dice así: *En Dios mi confianza*. El libro de Fukuyama, el economista norteamericano, así se llama: “Confianza”, y habla de la confianza en los sistemas, en las personas, en las familias, donde eso se resquebraja, se resquebraja todo. Por eso hemos meditado en cantidad de acepciones, como *fiduciario*, *fideicomiso* -cuando alguien presta un nombre legalmente, legítimamente, justamente porque sale de aval-. De la misma raíz salen todas esas palabras que se usan en economía, a nivel jurídico y en el lenguaje común.

Recuerdo que un 24 de diciembre, leyendo aquí una meditación del Padre Lombardi sobre cómo se aproximaba imaginativamente al nacimiento de Jesús en Belén, nos decía: “*Cuando vi al Niño, el Niño inspiraba confianza; me tranquilizaba el Niño que nacía en Belén*”. En vez de ser él quien tranquilizaba al Niño, dice: “*El Niño inspiraba confianza, el Niño me tranquilizaba*”. Lo recuerdo perfectamente. Ni qué hablar, como especialmente dijimos en otra meditación, que si el Señor

nos pedía confianza absoluta en Él -como hoy: *confía en el Señor, sólo en Él confía* (Sal 36, 5)-, es porque Él confió primero en nosotros. Él puso su Cuerpo y su Sangre en nuestras manos, como si pusiéramos un juego de porcelana fino en manos de un niño revoltoso. Imagínense dar al niño un juego de porcelana de la dinastía Ming, valuado en cuarenta mil dólares. ¡A ver si pones cuarenta mil dólares de porcelana en sus manos para jugar! ¡Por favor! Bueno, ¡el Señor pone mucho más que un juego de porcelana en nuestras manos: pone su Cuerpo, su Sangre, su Madre Santísima, su Alma, su Divinidad! ¡Si confiará en nosotros!

Pero, además, nos contó sus confidencias. Cosas que le darían un poco de “vergüencita” o que son más reservadas, el propio Jesús nos las contó a través de los evangelistas. Que *nació en Belén y lo envolvieron en pañales* (Lc 2, 6-7). ¡Anda contando ahí sus intimidades! Que tuvo tentaciones (cf. Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13). No tendría por qué andar diciendo las cosas con que el diablo lo tentó. Que lloró tres veces cuando murió un amigo, con Lázaro (cf. Jn 11, 33-38). Que tembló en Getsemaní ante el advenimiento de la Cruz (cf. Mt 26, 36-46; Mc 14, 32-42; Lc 22, 39-46). Que en determinado momento su deseo no era el deseo del Padre: *Que se cumpla tu voluntad y no la mía* (Lc 22, 42), por ejemplo. Que anduvo hablando a solas con una mujer, la samaritana, que había tenido cinco maridos ¡y tenía una

fama! Acuérdense que hasta los propios discípulos se dijeron: “¿Y éste se fue a hablar a solas con ésta?, ¿de qué andarán hablando?”, ¡se preguntaban los muy chismosos! Y Jesús no lo ocultó. A través de los evangelistas nos dijo: “Sí, ¡estuve hablando con Fulana!” (cf. Jn 4, 5-42). Yo se los teatralizo un poco, ¡pero es así! Que fue a comer a casa de un pecador, porque estuvo en la casa de Mateo, ¡y eran todos unos delincuentes, unos pecadores, unos borrachos, unos sinvergüenzas! ¡Y cosas que hasta vergüenza me da a mí decir! Y ahí se fue Jesús a comer (cf. Mt 9, 9-11). Es decir, a través de los evangelistas, Él nos confió todas esas cosas: nos contó sus debilidades, sus tentaciones, sus deseos, sus tristezas, sus amarguras. Así que cuando Él nos reclama confianza no es que esté pidiendo lo que Él no dio. ¡Al contrario! Si hasta su Cuerpo y Sangre nos regaló y los puso en nuestras manos junto a su Madre Santísima. ¡Ella, que es la Madre de Jesús, la Virgen de Guadalupe, y nosotros la llevamos de aquí para allá, pretendiendo que Ella me haga caso a mí, que cumpla mi voluntad! ¡No! Sin embargo, acuérdense que Jesús dijo en la cruz: *He ahí a tu madre* (Jn 19, 27), encomendándola a San Juan. En fin.

Especialmente, también el tema de la confianza tiene que ver no solamente con un acto de amor, pues quien ama confía, ¿no es cierto?, sino que también tiene que ver con una época. Quizás todas las épocas han sido similares, pero díganme si en esta época no sobreabunda la crisis de

confianza, la crisis de seguridad, la crisis de fiabilidad. Desde pedir un dinero, hacer una promesa o formular un compromiso: ¡todo es discutible, es sospechoso, es desconfiable, es inseguro! Esta semana acabo de adquirir otro seguro más. ¡Santa María! Si no fuera obligatorio no agarraría ninguno. Seguro para esto y para lo otro: para el carro, para la salud, para la casa, por si te roban, por si te miran, por si te secuestran... Entonces, uno dice: ¿es que somos precavidos o es que somos directamente inseguros? Yo no quiero ir en contra de las agencias de seguros, ¡pero díganme la verdad! Porque no solamente es el tema de los seguros económicos, abarca también la palabra, la amistad, la confianza, el matrimonio, los hijos. Por ejemplo, dice la esposa: “¡Je!, ¡me dijo que se queda a trabajar y a hacer horas extras!”. ¡Ahí está, mira cómo se ríen, conocen bien el tema! “¡Sí, cómo no! ¡Y yo soy Santa María Magdalena!”. Después indagan: “Y ¿dónde estuviste, con quién hablaste?... Hola, ¿detective? Me podría hacer un favor...”. O la otra versión: “¡A ver el facebook!”. Como el chiste que me hicieron esta semana: un señor le dice a la esposa: “¡Ay, llama al 911 que tengo un infarto!”. Y le dice la señora: “¡Tú sabes que no tengo el celular, dame el tuyo y tu clave así llamo!”. Y el esposo le contesta: “Ah, no, deja querida, ¡ya se me está pasando el infarto!”. ¡No puede ser! ¡Pero es cierto, no dan la clave ni aunque se mueran! ¡Sepa Dios lo que se va a encontrar ahí! O aunque no tenga nada, la otra aprovecha que él está en el baño, para ver en el celular del esposo los amigos,

los contactos, los vínculos... Y así infinitamente. ¿Por qué? Porque vivimos en una crisis de inseguridad, de desconfianza. Y no sólo porque ya nos hemos dado contra las paredes veinte veces y estamos como escarmentados, sino por nuestras propias inseguridades. Cualquier psicólogo te diría: “Cree el ladrón que son todos de su misma condición”. Si estás desconfiando tanto, no solamente es porque todo el mundo es un delincuente, sino porque tú en el fondo no reconoces que eres mentiroso, insincero, inseguro, y te parece que todos los demás te van a estafar. Es por la inseguridad propia, como diría el psiquiatra escocés Ronaldo Laing, que hablaba de la inseguridad ontológica, justamente como una inseguridad básica.

3) Especialización

Hace como tres años atrás tocó, exactamente como hoy, el Salmo 61 y meditamos en esto. Pero hoy no solamente nos enfocamos en el tema de la confianza, sino que se trata también de esta requisitoria de Dios, a nosotros los cristianos, de dedicarnos a Él. Y esto no es solamente para los curas, las monjas, los santos; todos estamos llamados a lo mismo. Invitación a ser especializados, como dirían los profesionales del mundo, pero “en Dios”. Como cualquier ser humano, tenemos capacidad de dedicarnos a muchas

cosas en la vida e incluso hasta de ser exitosos en muchas cosas –y lo digo sin presumir-, pero pudiendo especializarnos en muchas cosas, hemos renunciado a todo lo demás porque queremos especializarnos en esto: en Dios. Y en todo lo demás *nescivi*, como dice sor Isabel de la Trinidad: no sé nada, no quiero saber de nada. Esto es lo que quiero saber y conocer: me interesa de Dios, su sentir, cómo es, qué hace, dónde se aparece, qué me dice, en fin, quiero esa especialidad y lo demás... lo demás no sé, ni me importa, ni me interesa, que se preocupen de eso aquéllos que andan por ahí alborotados con las noticias, con el chisme, con los comentarios, con las redes sociales, con los medios de comunicación, con lo que dice la vecina. ¡Yo qué sé, allá ellos! A mí me interesa lo de Dios y lo demás *nescivi*: no sé nada, ni me interesa, ni quiero saber. Nada.

De esa manera, con esa opción interior de saber y de conocer a Dios, lógicamente que quedamos *out* del mundo, quedamos por fuera del mundo, quedamos como insignificantes, desapercibidos, desvalorizados. ¿Por qué? Se podrá decir: “Éste lo único que hace es dedicarse a Dios y de las demás cosas no entiende nada, ni le interesa nada”. Es más, frente a aquello a lo que nos hemos dedicado -a ser especialistas en Dios, como esperamos sean todos los cristianos-, de todas las cosas del mundo somos especialistas en nada. Al revés que en mi país, porque yo digo, generalizando, que los uruguayos son

especialistas en todo, son “todólogos”, saben y opinan de todo como si supieran, y no se graduaron en ninguna disciplina. Más o menos como sucede hoy en el facebook: sabemos y opinamos de todos los temas, de todo un poquito, como dijo una periodista: “Cultura amplia como un océano y profunda como un charco”. Al revés de esa mentalidad de los “todólogos”, nosotros los cristianos somos especialistas en nada; sólo Dios, sólo Dios -repto-. Y lógicamente que somos especialistas en Dios no tanto con el conocimiento humano, intelectual o racional, el de la información o la acumulación de datos; somos especialistas en Dios dentro del ámbito del misterio (¡que es el que más nos apasiona!), dentro del ámbito de la fe. Ésa es la verdadera teología. El verdadero conocimiento de Dios no es sólo repetir lo que uno leyó o estudió, eso es un conocimiento académico; el verdadero conocimiento de Dios, *theos-logos* en griego, es el que uno experimenta con sabiduría, con sabor, con experiencia, en la fe. Ése es el verdadero conocimiento de Dios en el que nos especializamos. Por lo tanto, renunciando a otras cosas, que también las sabremos, por ejemplo “porque me las cuentan”, como yo les digo de las telenovelas -porque terminó “La candidata” y terminó “Se vino el amor”, ¡pero me entero porque los vecinos me lo cuentan y no tengo más remedio!-, entonces, claro que uno escucha y sabe, pero te resbala, porque lo que verdaderamente quieres saber es de Dios.

4) Retotalización

Pero, curiosamente, aquél que se especializa, aquél que se dedica, aquél que se interesa y verdaderamente se enfoca en Dios, aparentemente pierde expectativa, conocimiento e interés en las cosas del mundo pero, curiosamente, por conocer de Dios y “ser como Dios” -porque Él mismo nos iguala (cf. Sal 82, 6; Jn 10, 34)-, también es quien conoce todo, sabe todo, pero “de adeveras”, no por arribita, no con la profundidad de un charco, sino hondamente, más que los dizque especialistas. Es un fenómeno psicológico que otro día, con gusto, se los explico mejor, pero digamos ahora que quien se desliga de las cosas las ve con más claridad que aquél que las tiene pegadas a la frente. ¿Por qué? Porque tiene objetividad, pues quien ve desde más lejos, ve con más panorama. Quien está desprendido entiende más; quien está apegado no ve nada, como si te pones un libro pegado a los ojos, es obvio que no ves nada. Lo mismo pasa con la ansiedad, lo posesivo, la dependencia, las apropiaciones; si quiero tener las cosas tan cerca, tan apretaditas, tan juntitas, no las tengo, no las poseo, sino que las esclavizo, que no es lo mismo. Quien verdaderamente se desprende, ve con más claridad. Ésa es la explicación de este fenómeno: aquél que renuncia al mundo es el que más sabe del mundo, porque conoce a Dios.

De la misma manera que Cristo: se especializó en Dios

nuestro Padre, se especializó en el Reino de los Cielos y, sin embargo, con doce años sabía más de teología que todos los doctores del templo, quienes estaban asombrados de cómo les respondía (cf. Lc 2, 41-52). ¡Sabía todo! Sabía de pesca mucho más que Pedro, que era pescador. ¿Recuerdan el pasaje de la pesca milagrosa? “¡No, Señor, no hemos pescado nada! ¡Nos hemos pasado toda la noche!”, dijo Pedro. “¡Tiren la red aquí! –había dicho Jesús-, y la pesca fue abundante” (cf. Lc 5, 1-11; Mt 4, 18-22). Jesús no vino a darnos de comer, pero sabía más de pan que cualquier panadero -yo en su lugar hubiera puesto una panadería-; con dos o tres panecitos dio de comer a cinco mil personas, ¡y le sobraron doce canastos! Entonces, ¿quién sabe más de panadería, el que estuvo toda la vida con la panadería o Éste que viene y -no sé cómo le hizo, pero le hizo-, multiplicó el pan? Y pescó más que el otro. Y sabe más de psiquiatría que Laing, Freud, Jung y todos los psiquiatras juntos, pues curó endemoniados, epilépticos, delirantes (cf. Mt 4, 24; Lc 8, 36); así lo refieren varios pasajes del Evangelio a los que siempre respondemos: “*Es Palabra de Dios. Te alabamos Señor*”. No es mentira. ¡Y a veces nosotros estamos en terapia y psicoterapia por años, con psicofármacos y medicamentos, para conseguir más o menos dormir! Y viene Éste y en un minuto expulsa todos los demonios y los enfermos quedan sanos (cf. Mc 3, 10). O hace andar a los paráliticos (cf. Mc 2, 3-12), ¡sabe más de traumatología que todos los traumatólogos! O de

hematología, ¿se acuerdan de la hemorroísa?, la que tenía hemorragias y había visto más de cuarenta médicos que se habían quedado con toda su herencia (cf. Mc 5, 25-34). Y Jesús, de volada, la curó. Y así sucesivamente. O sea, Él no vino a poner una panadería, ni una pescadería, ni una clínica, y “por añadidura” (Lc 12, 31) es el mejor médico, panadero, zapatero, carpintero, pescador, psiquiatra y todo lo que ustedes quieran. Porque especializándose en su Padre y desprendiéndose del mundo, su Padre, que está en los Cielos, le regaló no sólo el Reino de los Cielos, sino también este mundo.

Como no puede ser de otra manera, en este octavo domingo del Tiempo Ordinario, ¿a quién vamos a invocar para la especialización y la confianza en sólo Dios, sino a María Santísima? De entrada el Evangelio la presenta como Virgen (cf. Lc 1, 27), que no es solamente una característica física, sino que significa: amo, me entrego y espero mi compensación sólo en Dios, aunque en el mundo pase vergüenza o me dejen de lado, tampoco voy a agarrar ninguna compensación por ahí. Digo esto porque a veces, como cuesta mucho dedicarse sólo a Dios y olvidarse del resto, tenemos también nuestras pequeñas compensaciones, por ejemplo con algunas virtudes religiosas: “¡Qué piadoso que es!, ¡qué bien que canta!, ¡cómo cumple!”. Son pequeñas valoraciones religiosas del mundo para aquél que renunció a ser valorado por el mundo. Pero a veces esas pequeñas compensaciones del

mundo se nos quedan pegadas y hasta que no las renunciemos, no se nos va a revelar el Dios absoluto como se le reveló a María Santísima, quien fue Virgen, vivió sólo para Dios, dedicada, especializada, y confiada exclusivamente en Dios. Por eso Dios la llenó de gracia y, al mismo tiempo, la hizo Madre de todos los pueblos, por lo cual todas las generaciones la seguimos llamando la llena de Gracia (cf. Lc 1, 28.48), la Madre de Jesús, la Madre de Dios y Madre nuestra. Santa María, nuestra Señora de Guadalupe, ruega por nosotros. Amén.

CREACIÓN -BÂRÂ'-, CONFIANZA Y RECONCILIACIÓN

05-03-17, Domingo I de Cuaresma, Ciclo A.

Lecturas: Gn 2, 7-9; 3, 1-7; Sal 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17;
Ro 5, 12-19

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo y la protección de María Santísima, nuestra Señora de Guadalupe, Inmaculada desde su concepción -como es el nombre de la Parroquia de la cual dependemos, Inmaculada Concepción, y advocación que inspiró el nombre para el bautismo de muchos seres queridos nuestros-, repito, que toda esta gracia de Dios y protección de María estén, queridos hermanos, con todos ustedes.

En recuerdo de aquellos cuarenta días que Jesús se fue al desierto, previo al inicio de su vida pública, es que iniciamos nosotros, la Iglesia, los cuarenta días previos a la Semana Santa. Allí, en la soledad del desierto, Jesús no sólo se enfrentó con el demonio -en las tentaciones, como hoy vamos a leer-, sino que también especialmente se encontró con Dios, su Padre, en ese encuentro existencial, profundo, que le da la fuerza a Cristo para predicar.

Y le llamamos Cuaresma a este tiempo litúrgico que iniciamos, precisamente derivando el nombre de ese número simbólico, cuarenta. Este tiempo lo iniciamos el miércoles con la imposición de las cenizas, en signo de humildad, de sencillez, de pobreza. Y como decíamos el otro día recordando al ave Fénix -esa ave mitológica que renace de sus cenizas-, también queriendo resurgir de entre las cenizas para ser personas nuevas renovadas en Cristo.

Hoy, en este primer Domingo de Cuaresma, de alguna manera vamos a estar recapitulando alguno de los temas y vivencias que hemos venido meditando. En primer lugar, que Dios nos crea y nos da la libertad, no para cualquier cosa sino para el amor, para ser felices, para la Vida eterna, es decir, con una intencionalidad. En segundo lugar, decíamos el domingo pasado que Jesús nos pide que tengamos confianza en Él, porque antes Él tuvo confianza en nosotros, como lo muestra hoy en las tentaciones cuando nos anda contando sus intimidades, sus debilidades, sus vergüenzas, diríamos; no su pecado porque nunca pecó. Y en tercer lugar -tomando un texto de San Pablo-, aprovechando este tiempo oportuno de Cuaresma, un tiempo favorable para reconciliarnos con Dios, con nuestra conciencia, con nuestros hermanos, en fin, con la creación entera.

Al motivo central de la Santa Misa vamos a añadir algunos otros que, lejos de distraernos, enriquecen la

celebración. Traemos el recuerdo de nuestros seres queridos fallecidos, algunos recientemente, hace unos meses, otros quizás hace más tiempo. Pedimos por la salud de hermanos nuestros enfermos, por el restablecimiento de quienes inician tratamientos y damos gracias por favores recibidos. En fin, con estos y otros motivos que irán saliendo a lo largo de la Santa Misa, primeramente la iniciamos con la humildad de nuestros corazones, reconociendo nuestros pecados.

Lectura del Santo Evangelio según san Mateo:

En aquel tiempo Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer y al final Jesús tuvo hambre, entonces se le acercó el tentador y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios manda que estas piedras se conviertan en panes”.

Jesús le respondió: “Está escrito ‘No sólo de pan vive el hombre sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios’ (Dt 8, 3)”.

Entonces el diablo lo llevó a la Ciudad Santa, lo puso en la parte más alta del Templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios échate para abajo porque está escrito ‘Dios mandará a sus ángeles que te cuiden y ellos te tomarán en sus

manos para que no tropiece tu pie en piedra alguna' (Sal 90, 11-12)".

Jesús le contestó: "También está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios' (Dt 6, 16)".

Luego lo llevó el diablo a un monte muy alto y desde ahí le hizo ver la grandeza de todos los reinos del mundo y le dijo: "Te daré todo esto si te postras y me adoras".

Pero Jesús le replicó: "Retírate, Satanás, porque está escrito 'Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás' (Dt 6, 13)".

Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles para servirle (Mt 4, 1-11).

1) Recapitulando: Dios crea (bârâ')

En la primera lectura aparece bien resaltada la caída, el pecado. Pero fíjense que, prácticamente, la Biblia empieza diciendo "Dios creó": "*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*" (Gn 1, 1), y luego todo lo demás. La creación es el primer relato de la Biblia -no es una "historia", es un poema, es una alegoría muy simbólica-, y muchos dicen que el escritor original fue Moisés, pero puede ser que el autor hebreo fuera otro, o que sea fruto de una tradición que se llama sacerdotal por los términos que

usa. Entonces, al escribir este poema, el autor lo hace en hebreo y usa la raíz verbal: *bârâ'*. Luego, en siglos posteriores, cuando se estableció la dominación griega, casi llegando ya a la época de Cristo pero un poco antes del Imperio Romano, cuando la lengua predominante del mundo era la griega, se tradujeron todos esos antiguos libros bíblicos del hebreo al griego, especialmente en Alejandría y en Egipto. Fueron unos setenta sabios judíos quienes tradujeron al griego aquel primer relato del Génesis. Y para traducir ese verbo *bârâ'*, utilizaron el verbo griego *poiéo*, que significa hacer, crear, fabricar. Pero resulta que con esa traducción se perdió de vista un sentido fundamental que tiene el verbo hebreo, que nos conviene retomar, especialmente por lo que veníamos meditando en domingos anteriores -por eso les dije que iba a ser como una recapitulación-. El sentido del término hebreo que les digo es que, cuando Dios crea y nos da la libertad, no es para cualquier cosa. No es para el libertinaje, no es para hacer lo que se me ocurra, porque ya los psicólogos se encargaron de demostrar que de dentro, de “lo que se me ocurre”, surge de todo un poco y tenemos que ser criteriosos para discernirlo. Dios nos crea y nos da la libertad para el amor, para la plenitud, para la madurez y para la salvación.

Curiosamente, en la mentalidad judía, el término hebreo *bârâ'* sólo podía ser conjugado con el sujeto “Dios” y con ningún otro. Eso era una cosa que en otras culturas no se

entendía, por eso no tenía traducción. ¿Cómo van a existir palabras sólo dedicadas a Dios? Pero el pueblo judío era teocrático, teocéntrico, y todo lo interpretaba en torno a Dios, mientras que los griegos tenían cantidad de dioses, eran politeístas. Recuerden que el otro día hablamos del ave Fénix aquí, el Miércoles de Ceniza, aludiendo a distintas mitologías y supersticiones. El pueblo judío no era así, en materia religiosa era muy estricto, y entonces tenía la raíz verbal *bârâ'* exclusivamente para conjugarla con Dios, como diciendo: “Esto sólo lo puede hacer Dios”. Lo mismo sucede respecto a perdonar los pecados, porque también utilizan verbos exclusivamente para Dios y donde el ser humano, diríamos, directamente no interviene o participa pero en relación a Dios.

Al mismo tiempo, el término *bârâ'* es siempre aplicado a Dios en relación a lo novedoso. Por ejemplo, cada vez que ocurrían en la vida del pueblo judío acontecimientos extraordinarios o significativos, ellos enseguida lo remitían a Dios, no solamente a las casualidades, a la época, a la cultura, o a las coincidencias. Cuando había algo novedoso, original, extraordinario, incluso milagroso, utilizaban también esa raíz verbal *bârâ'*, para dar a entender que “esto sólo Dios lo hace”, como decíamos el domingo pasado, esto es solamente de Dios. Y solamente Dios crea de la nada, como en la fe, de lo que no se ve (cf. Hb 11, 1). Y al mismo tiempo la palabra *bârâ'* no solamente significa crear o “hacer” -según la traducción

griega-, no es solamente dar la existencia a las cosas sino también dar la posibilidad de salvación, o sea, es algo con una intencionalidad.

La experiencia más parecida que podemos entender nosotros es cuando aparece una criatura en el seno de la familia. Claro que le damos la vida, pero con una intencionalidad: con el deseo de que sea feliz, de que sea buena. Yo no puedo creer que una buena madre dé vida a una criatura para que el niño sea lo que sea, más bien es para que se dé su felicidad, para que se dé el bien, no para el mal. Hay un deseo. Después, lógicamente, vamos a ver qué pasa. Cuando traemos los niños a bautizar, ¡si ni siquiera saben hablar, menos van a pedir el bautismo! Pero le damos el bautismo porque creemos que es lo mejor, es más, le dimos la existencia creyendo que es lo mejor. Capaz que el día de mañana nos pasa como en esa caricatura argentina de Mafalda, que cuando ella se dio cuenta cómo era el mundo le dijo a sus padres: “¡No, paren el mundo que me quiero bajar!”. O podrían decirnos los hijos: “¿A quién le preguntaron ustedes si yo quería venir aquí?”. Le damos la existencia a las criaturas, las vacunamos, ¿no es cierto?, y capaz nos dicen: “¡No! ¡Mamá mala! ¡Mamá mala!”. Pero es porque creemos que es lo mejor para ellos, así como los mandamos a la escuela, etc. Hay una intencionalidad. Después respetaremos lo que hagan, allá ellos. Pero hay una intencionalidad: no les preguntamos si quieren ir a la

escuela, si quieren vacunarse, si quieren tomar la sopa, ni siquiera si quieren ser católicos, ¡los hacemos católicos! Después, si quieren ser musulmanes, que lo sean, ¡que sean lo que quieran! Pero si protestan, les diremos: “En cuanto a mí, m’hijito, nunca me vas a poder discutir que yo te di lo que creí que es lo mejor”. Bien.

Esto que les estoy contando brevemente es una imagen de cuando Dios crea *-bârâ’-*, con una intencionalidad, con un deseo, y por eso nos crea siempre en la novedad, milagrosamente, de manera extraordinaria. Nos crea también a partir de una relación, diríamos, no es una producción en serie, como en las mega fábricas que a veces vemos en la televisión, donde aparece un objeto tras otro, todos cortados por la misma tijera. ¡De ninguna manera! Eso lo haremos con los carros o en las maquiladoras¹, pero con el ser humano es una relación única, original. Por eso decimos que Dios nos crea a cada uno y luego tira el molde. No hay dos personas iguales, como no hay dos huellas digitales iguales, ni vueltas de la oreja iguales creo, aunque eso no nos fotografiamos. Dios nos crea a cada uno y después rompe el molde. Eso significa que nos crea en relación, en relación con cada uno: “*Yo te creé a ti*” (cf. Ef 2, 10; Col 1, 15-16). Lo más parecido a eso para nosotros es también lo que sucede a

¹ En México, comúnmente se llama “carro” al automóvil y “maquiladoras” a las plantas de armado en serie de diversos productos.

los padres con respecto a los hijos. Podrán tener cuatro, cinco o seis hijos, pero “cada uno es cada uno y cada cual es cada cual”, como dijo aquél. Cada uno está identificado individualmente, porque si no, sería como una fábrica de producción de hijos, como una fábrica de producción de carros o una maquiladora. ¡De ninguna manera! Hay una relación con el ser que se crea, no son objetos ni cosas, son personas, por lo tanto hay una relación.

Y en ese *bârâ'* de Dios deducimos, indudablemente, que al haber relación hay amor, hay un vínculo: Dios nos crea por amor, de manera exclusiva, original, milagrosa y para nuestra salvación, no sólo para la existencia. Y desde el momento en que nos ama verdaderamente, nos regala la autonomía, la libertad, pues quien ama libera. Quien ama no somete, por más que a veces vemos que hay “amores” que matan y sofocan, ¡pero esos no son amores! Si consultamos a un psicólogo lo primero que hace es mandar una internación, digo, por dependencia, por sadomasoquismo, por opresión... A veces se le llama amor a cualquier cosa, pero no estamos hablando de eso. El verdadero amor libera, prospera, potencia, da autonomía, confía en el otro. Por lo tanto, cuando Dios nos crea con esta característica de autonomía, de libertad, de salvación, de originalidad, de relación, está como transmitiéndonos una directividad, una intencionalidad, una teleología -del griego *télos*: fin, propósito, meta-. Como si Dios nos dijera: “Te he creado para tu felicidad, te doy la libertad

para tu bien, te doy la libertad para la salvación” (cf. Pr 16, 4; Is 65, 18; Ef 1, 4; 2, 10).

Esto también tiene que ver, por ejemplo, con lo que hoy estamos haciendo al recordar a nuestros seres queridos fallecidos. Por un lado, hay un recuerdo humano, afectivo, cariñoso, por el cual aplicamos una misa, vamos al panteón, develamos un cuadro o llevamos unas flores; son distintos gestos humanos que hacen presente al ser querido ausente. Pero al mismo tiempo, al celebrar una misa, quienes tenemos fe decimos que no lo hacemos sólo por recordar y homenajear a nuestro ser querido -ya que cualquier gesto es bueno para homenajearlo-, sino que en la fe, porque creemos en la Vida eterna, lo hacemos pidiéndole a Dios que lo tenga con Él en su gloria, que le dé el descanso eterno y, de paso, que desde allá interceda por uno mismo también, ya que estamos, ¿no es cierto? Y a mí se me representa algo similar en la creación: Dios nos dota de una serie de características humanas, como talentos, virtudes, potencias, libertad, autonomía, inteligencia, amor, etc. Como tienes libertad, perfecto, humanamente haz lo que quieras. Pero Él lo hace con una intencionalidad, es para la salvación, para la soteriología, para la Vida eterna, no solamente para pasarla bien, no solamente para vivir en este mundo sino también con un sentido trascendente.

El relato del Génesis que acabamos de leer -por eso les dije que es un poema, no sólo una historia-, no responde

únicamente a la cosmología de la época. Probablemente el Génesis se haya escrito cuando el pueblo de Israel estaba exiliado en Babilonia, por tanto estaría influido por la concepción babilónica del cosmos, por cómo ellos creían que era el mundo, las estrellas, los satélites, los planetas; los astrólogos babilonios, diríamos, eran la NASA de aquella época. Es muy posible que el autor del Génesis haya utilizado la cosmología reinante en la época y el relato esté influido por eso, pero no es solamente eso. Es también un relato cosmogónico -perdonen las palabras que a veces son técnicas-, una cosmogonía, o sea, no se trata solamente de una interpretación científica de cómo son los planetas, la luna y el sol en aquella época. Una concepción muy distinta a la actual, ¡y ahora hasta encontramos planetas similares a la Tierra!, ¿vieron? En cualquier momento nos mudamos para allá, queda a cuarenta años luz nomás, ahí a la vuelta, de Tecate un poquito más para adelante... ¡Cuarenta años luz! Aunque se dice que este año, o a más tardar el año que viene, se hará el primer vuelo espacial turístico a la luna. ¡No se puede creer! Parece una historia de Julio Verne, parece ciencia ficción, pero no lo es, ya está ahí a la vuelta de la esquina. Primer viaje turístico. “¿Para dónde va? –Yo voy para Cancún. ¿Y tú? –Yo voy para la Luna”... El año que viene nomás. Y no nos vamos a poder reír, va a ser en serio, ¡no se puede creer!

Bueno, entonces, en aquella época también había una

cosmogonía generalizada. La cosmogonía se refiere a cómo interpreto el cosmos, la vida, el universo, más desde el punto de vista filosófico. También el relato del Génesis está influido por eso, por supuesto, pero no solamente por eso. El relato del Génesis también está lleno de alegorías: la serpiente, el árbol, el fruto, los siete días, la luz, etc. Son todas imágenes poéticas, alegóricas, simbólicas, que deben ser interpretadas. Y aún así, el relato no es solamente eso. Juntando cosmología, cosmogonía, alegorías, símbolos, poesía, todavía el relato del Génesis supera todas esas influencias y se transforma en una verdadera teología, en un verdadero conocimiento de Dios. El autor sagrado no solamente es muy experto, sino que, inspirado por Dios, nos transmite todo esto para darnos a entender que sólo Dios crea y nos crea con amor, nos crea de manera original, nos crea no para nuestro daño sino para nuestro bien, nos da la posibilidad de la salvación, de la Vida eterna, nos regala con la libertad, nos respeta, y todo esto en un momento histórico -el *bârâ'* siempre se conjuga en presente histórico-. Nosotros decimos, porque no tenemos más remedio: “en aquel tiempo Dios creó”, lo decimos en pasado indefinido, pero el verbo *bârâ'* solamente es presente, siempre “es”. El hebreo siempre lo conjuga en un presente histórico, como si en español dijéramos: “Dios está creando”. Eso es interesante: no habla de cosas del pasado, por eso no es historia, son cosas que permanentemente ocurren. Bien. Entonces, eso nos habla de que hoy, comienzo de la

Cuaresma, tenemos la posibilidad de recrear, de recapitular, toda la realidad creadora de Dios, la realidad amorosa, liberadora y, fundamentalmente, salvadora de Dios. No sólo en una época pasada, sino en la actualidad.

2) Jesús nos confía sus tentaciones

En segundo lugar, nos enfocamos en la confianza en Dios, como se los adelanté al comienzo y el domingo pasado también lo meditábamos con el Salmo 61, cuando dice: “*Sólo en Ti pongo mi confianza*” (v. 1), “*mi escudo y mi baluarte sólo es el Señor*” (v. 2), “*pon tu confianza en el Señor*” (v. 8), etc., etc., etc. Decíamos, precisamente, que el Señor nos pedía a nosotros confiar en Él, entregarnos a Él, solamente a Él, en un acto de amor exclusivo, sí, liberador pero exclusivo, pues el amor elige. ¿Y por qué nos pedía a cada uno de nosotros ese acto de confianza en Él? Porque Él había dado el primer paso y había confiado en nosotros antes que nosotros en Él.

El domingo les dije, entre otras cosas, cómo Jesús nos cuenta sus tentaciones como hablando a un amigo, a un confidente; es decir, como a alguien en quien se tiene confianza para contarle las cosas más privadas, nuestros secretos, intimidades, ilusiones, así como también nuestras debilidades y vergüenzas. ¡Sólo con quien tenemos mucha

confianza hacemos eso! Y cuando Jesús nos pide confianza a nosotros es porque Él confió en nosotros, entre otras cosas, contándonos cómo lo vino a tentar el diablo. ¡A mí me daría un poco de vergüenza! Claro, como este pasaje lo escuchamos tantas veces, como que le echamos incienso a las tentaciones. Pero fíjense que el diablo, de entrada, vino a tentarlo con el materialismo. ¿Y por qué vino éste a tentar a Jesús con el materialismo?, ¿solamente de atrevido o porque la humanidad de Cristo, quizás, podía verse encandilada con el tener, con las propiedades, con el dinero, con las posesiones? Y el diablo lo tentó con eso: *manda que estas piedras se conviertan en panes* (Mt 4, 3). Como diciéndole: “mejor tener algo concreto, material, no andes hablando tanto de la Palabra de Dios, ni del Reino de los Cielos; ten dinero en el banco, cómprate terrenos, casas, asegúrate el futuro”. Y Jesús nos lo contó. Piensen ustedes, a ver: si alguien te hace un ofrecimiento en la calle que es vergonzoso, aunque no caigas en la tentación tampoco lo vas a andar divulgando, porque no vas a repetir lo que ese estúpido, ordinario y vulgar te vino a ofrecer. Piensen ustedes en cómo los ofrecimientos del diablo son indecorosos, vergonzosos. Lógicamente, Jesús no cae, es obvio. Pero se los hicieron.

A continuación viene a tentarlo con la soberbia: *échate para abajo porque está escrito “Dios mandará a sus ángeles”* (Mt 4, 6). Como diciéndole: “¡No pasa nada!

Tírate desde acá arriba que no pasa nada”. Piensen en el sentimiento de impunidad que tenemos o que muchas veces cunde en nuestra sociedad. No solamente la corrupción, el delito, la inseguridad, sino el sentimiento de impunidad: “¡No pasa nada! ¡Haz lo que tú quieras, que no pasa nada! ¡Tírate de aquí que Dios te va a proteger! ¡Haz lo que tú quieras!”. Ese sentimiento de soberbia, de prepotencia, de omnipotencia, habla de delirios de grandeza -técnicamente es un delirio paranoico-, cuando te crees más de lo que eres, cuando crees que te vas a tirar al abismo y que no va a pasar nada allá abajo. Eso es delirante, ¿no es cierto? Lamentablemente, en muchos casos de suicidio aparecen esos rasgos, ese sentimiento de que no va a pasar nada, “Dios me va a poner alas”... en fin. El diablo también lo tienta a Jesús con eso, con sentimientos de soberbia, de presunción, de vanidad.

Por último, cuando el diablo lo sube a un cerro muy alto y le da la posibilidad de poseer la tierra en herencia (cf. Mt 4, 8-9): lo está tentando con la codicia, con la acumulación, con las riquezas del mundo. En esta tentación aparecen un poco la carne, los deseos, la soberbia, la avaricia, todas cosas que decimos de esta manera elegante y litúrgica, pero es realmente chocante y vergonzoso proponer eso a Jesús. Sin embargo, Él nos lo cuenta, a través de los evangelistas. Y nos vino a contar todo esto como para empezar, como un aperitivo o botana antes de darnos nada menos que su Cuerpo, su Sangre, su

Alma y Divinidad en cada Eucaristía, para nuestro bien.

3) Tiempo favorable para la Reconciliación

Y en tercer lugar, además del modo en el cual Dios crea, además de cómo Jesús confía en nosotros, también iniciamos este tiempo de Cuaresma meditando una parte de la segunda carta a los Corintios -que leímos el Miércoles de Ceniza-, cuando el propio San Pablo decía: *“Déjense reconciliar con Dios... Y porque somos sus colaboradores, los exhortamos a no echar la gracia de Dios en saco roto. Porque el Señor dice: En el momento favorable te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. Éste es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación”* (2Co 5, 20. 6, 1-2). Siempre es tiempo de reconciliación, siempre es bueno reconciliarnos, pedir perdón, en fin, pero especialmente en este Tiempo de Cuaresma. Es como con las madres, siempre conviene acordarnos de nuestra mamá, pero el día de su cumpleaños o el día de la madre, lo hacemos de manera particular. Pues bien, siempre es bueno reconciliarnos, pedir perdón o perdonar, pero especialmente en este tiempo oportuno, favorable, providencial para reconciliarnos con Dios, para recuperar ideales perdidos, para recuperar valores, afectos, sueños o ilusiones que a veces las ponemos en tiempo pasado y, sin embargo, como les decía del *bârâ*’ que se conjuga siempre

en un presente histórico, también podemos decir que hoy es el día favorable y providencial, día de la salvación y de la reconciliación.

¿A quién vamos a invocar en este Domingo que inicia el Tiempo de Cuaresma, sino a María Santísima, la Inmaculada desde su concepción? En primer lugar porque Ella junto a Cristo, la nueva Eva y el nuevo Adán, generan la nueva creación, pues la primera creación falló por el pecado, pero en Cristo y en María Santísima se nos regala con la reconciliación y con la salvación. En segundo lugar, ¿quién mejor conoce de la intimidad de Jesús que su propia Madre, que lo tuvo en su seno y lo acunó? ¿Quién mejor que María para hablar de la intimidad de Cristo y de la confianza de un Dios hecho niño en brazos de su Madre? Y en tercer lugar, ¿quién mejor que María para alentarnos en la reconciliación con Dios? Ella, la humilde esclava del Señor, la Señora de la Reconciliación, la Madre de todo bien, que intercede siempre por nosotros y por nuestros seres queridos fallecidos para que Dios los tenga en su gloria. A Ella le pedimos por todos nosotros, que no solamente nos acompañe a lo largo de esta Cuaresma, sino que nos acompañe a lo largo de toda la vida para que, al fin de los tiempos, nos encontremos con el Reino de los Cielos, que no es un lugar, no es una situación, no es un estado espiritual solamente, sino que es una Persona, una relación: es Jesucristo, el Hijo de María y nuestro Salvador. Que así sea.

DE LAS CONFIDENCIAS DE JESÚS A LA VIDA ETERNA

19-03-17, Domingo III de Cuaresma, Ciclo A.

Lecturas: Ex 17, 3-7; Sal 94, 1-2.6-7.8-9; Rm 5, 1-2.5-8



Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo y la protección de María Santísima, nuestra Señora de Guadalupe estén, queridos hermanos, con todos ustedes.

Dándoles la bienvenida a la casa de Dios, que también es nuestra propia casa por la adopción en Cristo, los invito a participar interiormente de esta liturgia del tercer domingo de Cuaresma, donde Jesús platica con la samaritana en el brocal del pozo de Jacob. Y lo hace, precisamente, con el símbolo del agua viva, en confidencias, comentándose intimidades. Parece bastante comprometida la situación, como para poner “nerviosos” a los discípulos quienes, cuando volvieron de comprar comida, se dijeron: “¿Qué está haciendo Jesús hablando con la samaritana?”. Ella, además de ser samaritana -recuerden que ellos estaban enemistados con los judíos-, era mujer y estaban hablando a solas, y encima tenía mala fama: hasta cinco maridos parece que había tenido. ¡Por lo menos era muy pretendida! Las malas lenguas dicen muchas cosas, para mí que fue viuda cinco veces y con eso la disculpamos.

Al mismo tiempo que Jesús nos da el ejemplo de confiar para que después nosotros confiemos en Él, a la vez va realizando con la samaritana -pero también con cada uno de nosotros-, como una elevación de miras o de objetivos desde las realidades más concretas o inmediatas de la vida, a la verdadera necesidad que es la de la Vida eterna. De

todo eso va a tratar la liturgia de este tercer domingo, así que los invito a carretear como el avión por temas escabrosos, materiales y terrenales, para luego despegar hasta la Vida eterna.

Santa Misa en la cual también vamos a estar recordando a nuestros seres queridos ausentes, como ingredientes o aderezos a esta liturgia del banquete eucarístico. Algunos fallecieron recientemente. Hoy están presentes varios familiares de Irma y Abel, con quienes vamos a estar recordando a Don Enrique, suegro de Ariel -luego se lo comentan a él- que acaba de ser papá; para mí que utilizó ese nombre con el suyo y así llamó a su hijo Ariel Enrique... Vamos a tener muy presentes a varios familiares de ustedes y a otros seres queridos de siempre: Angelita, Juan Carlos, Normita, “el Beni”, en fin, tantos hermanos nuestros que iremos nombrando. No sólo estamos pidiendo por los que han fallecido sino también, Rosalba, por quienes adolecen de enfermedades, para que Dios los fortalezca. Además, vamos a dar gracias por favores y bienes recibidos. Y vamos a estar celebrando a todos los José aquí presentes, porque hoy, 19 de marzo, es el día de San José; así que pedimos tanto por los que viven aquí en Tijuana, como por los que viven lejos -hasta por Hawai...con el gusto de reencontrarnos les damos la bienvenida-.

Por todos estos motivos vamos a estar celebrando esta Santa Misa. Todo lo cual, queridos hermanos, resumiendo

y sintetizando, lo iniciamos primeramente con la humildad de nuestros corazones, reconociendo nuestros pecados.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan:

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar -antiguamente Siquem-, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que venía cansado del camino, se sentó sin más en el brocal del pozo. Era cerca del mediodía. Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo:

—Dame de beber.

Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le contestó:

—¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de

beber a mí que soy samaritana?

Porque los judíos no tratan a los samaritanos.

Jesús le dijo:

—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva.

La mujer le respondió:

—Señor, ni siquiera tie-nes con qué sacar agua y el pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?

Jesús le contestó:

—El que bebe de esta agua vuelve a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed. El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar Vida eterna.

La mujer le dijo:

—Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed, ni tenga que venir hasta aquí a sa-carla.

Él le dijo:

—Ve a llamar a tu marido y vuelve.

La mujer le contestó:

—No tengo marido.

Jesús le dijo:

—Tienes razón en decir “no tengo marido”, has tenido cinco y el de ahora no es tu marido; en eso has dicho la verdad.

La mujer le dijo:

—Señor, ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte -Garizim-, y uste-des dicen que el sitio donde se debe dar culto a Dios está en Jerusalén.

Jesús le dijo:

—Créeme mujer que se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero al Padre lo harán en Espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es Espíritu y los que lo adoran deben hacerlo en Espíritu y en verdad.

La mujer le dijo:

—Ya sé que va a venir el Mesías (es decir, el Cristo); cuando venga, él nos dará razón de todo.

Jesús le dijo:

—Soy yo, el que habla contigo.

En esto llegaron los discípulos y se sorprendieron de que estuviera conversando con una mujer. Sin embargo, ninguno le dijo: “¿Qué le preguntas?” o “¿de qué hablas con ella?”.

Entonces la mujer dejó su cántaro, se fue al pueblo y comenzó a decir a la gente:

—Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿no será éste el Mesías?

Salieron del pueblo y se pusieron en camino hacia

donde él estaba. Mientras tanto sus discípulos le insistían:

—Maestro, come.

Él les dijo:

—Yo tengo por comida un alimento que ustedes no conocen.

Los discípulos comenta-ban entre sí:

—¿Le habrá traído alguien de comer?

Jesús les dijo:

—Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿Acaso no dicen ustedes que todavía faltan cuatro meses para la siega? Pues bien, yo les digo: levanten los ojos, contemplen los campos que ya están dorados para la siega. Ya el segador recibe su jornal y almacena frutos para la Vida eterna. De

este modo se alegran por igual el sembrador y el segador. Aquí se cumple el dicho: “Uno es el que siembra y otro el que cosecha”. Yo los envié a cosechar lo que ustedes no habían trabajado, otros trabaja-ron y ustedes recogieron su fruto.

Muchos samaritanos de aquel poblado creyeron en Jesús por el testimonio de la mujer, que había dicho: “Me dijo todo lo que he hecho”. Cuando

los samaritanos llegaron a donde él estaba le rogaban a Jesús que se quedara con ellos y él se quedó allí dos días. Muchos más creyeron en él al oír su palabra y decían a la mujer:

—Ya no creemos sólo por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de veras el Salvador del mundo (Jn 4, 5-42).

Introducción

Página extensa, hermosa, elaborada y muy cuidada -como dicen los expertos en literatura-. Probablemente uno de los textos más rico, jugoso y gráfico del Evangelio de San Juan, aunque como varios otros, ya que en cada capítulo el evangelista nos va presentando una pieza de oratoria, de predicación, de ejemplo; en fin, una página hermosa por

donde la miren. Y, entre otras cosas, por ese *increscendo* que va haciendo Jesús con la samaritana. Como tantas veces, Jesús toma lo que hay: sea un pan, unos pescados, una necesidad, una enfermedad. En este caso es la sed, la necesidad de agua, algo material, práctico, concreto. Él lo toma y lo recibe como una ofrenda, como si fuera el pan y el vino que ofrecemos en la Misa -que son baratos, la verdad sea dicha, aunque ojalá no nos falten-, y Él, en dialéctica, en relación con la otra persona, va elevando las miras, el sentido. Podríamos decir que va tratando de subirnos desde esas primeras demandas o confidencias que Jesús tiene, en este caso con la samaritana, hasta la Vida eterna, hasta la confirmación y el reconocimiento de que Jesús es el Salvador del mundo. ¡Así termina este pasaje! Un capítulo antes también había hecho lo mismo con Nicodemo, quien empieza la conversación con alguna pregunta de curioso y luego Jesús habla con él del renacimiento, del nacer de nuevo del agua y del Espíritu Santo, terminando precisamente en la Vida eterna (cf. Jn 3, 1-21). Esa es una característica de Jesús, que por ser todo hombre y todo Dios le permite asumir o tomar lo natural, lo humano, lo concreto, lo más trivial o lo más corriente, e incluso aún lo más discutible, y elevarlo hasta la Vida eterna (cf. 1Ti. 2, 5).

1) Confidencias

Retomando lo que en domingos anteriores veníamos comentando con muchos de los presentes, vemos aquí con la samaritana cómo Jesús vuelve a dar el primer paso en relación a la confianza. Hace dos domingos atrás, cuando decíamos que Jesús nos pedía tener confianza en Él, en sólo Él -“Sólo en el Señor confío” o “En Dios está toda mi confianza” (cf. Is 12, 2; Sal 62, 1.5.8)- es porque antes Él había tenido confianza en nosotros. Y les dije también, entre otras cosas, que el propio Jesús, a través de los evangelistas, nos había contado a nosotros, en confianza, sus tentaciones (cf. Lc 4, 1-13; Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13). Lo hizo de una manera elegante, en fin, ¡hay niños presentes! Pero es hasta como vergonzoso contar las propuestas que el diablo le hacía, las cosas con las cuales lo tentaba; Jesús no cayó, pero sí fue tentado. Por lo tanto, nos contaba sus tentaciones. En la muerte de Lázaro, por ejemplo, nos contaba que había llorado. En otro pasaje, en Getsemaní, nos contaba que había tenido miedo ¿lo recuerdan, verdad? Él nos confiaba a nosotros esas intimidades que no son gloriosas ni esplendorosas, sino que son parte de lo trivial, de lo humano -incluso no sé si decir de lo vergonzoso-, pero sí de lo más cotidiano o corriente que podía tener Jesús. Y también les dije que nos había contado, a través de los evangelistas, que había estado platicando a solas con una mujer, en Samaria y

cómo hasta los discípulos se sorprenden de eso. Así que el propio Jesús, además de habernos tratado con confianza para que luego nosotros confiemos en Él, como si fuera en una confesión o en una confidencia, antes nos había contado sus propias cosas, sus propias intimidades, su propia vida particular.

Y hoy Jesús nos muestra abiertamente ese encuentro: está hablando a solas con una mujer. Y hasta los discípulos dicen: “Y éste ¿de qué estará hablando con esa mujer?” (cf. Jn 4, 27). ¡Lo dice el relato, no son cosas mías! A veces uno podría decir a algún comentarista: “Le haces decir al texto tus problemas”, o tus propias tentaciones si, por ejemplo, al comentar las tentaciones de Cristo empezamos a decir las nuestras. Pero no sucede en este caso, de ninguna manera, pues claramente los discípulos se sorprenden y piensan: “¿Qué está haciendo hablando a solas con una mujer?”.

Lo segundo es que era samaritana. Había enemistad entre judíos y samaritanos, o sea, tenían prohibido, casi hasta religiosamente, hablar con los “pecadores” y “herejes” samaritanos (cf. Jn 4, 9).

Y, en tercer lugar, ya vemos que más o menos esta mujer era de mala fama, porque tuvo cinco maridos (cf. Jn 4, 18). Por lo menos tenía buen “pegue”, o sea, tenía bastante “arrastre”, como decimos. ¡Ya se casó cinco veces y ahora tiene otro! Bueno, en fin, no quiero burlarme porque,

dicho sea de paso, también hay aquí un dejo seductor -esto lo dice un exégeta muy interesante- en la respuesta de la mujer: “Dame de esa agua que tú tienes, así no vuelvo...”(cf. Jn 4,15). Hay un dejo seductor, irónico, sarcástico, de la mujer, ¡es muy vivaz! No se queda solamente con lo que se le dice, sino que siembra su semillita... en fin.

Pero Jesús no solamente nos cuenta que estuvo a solas con una mujer, que era samaritana y que tuvo cinco maridos, sino que además ella dejó caer ahí alguna interpretación de doble sentido, de albur -aunque yo no digo que lo haya seducido, pero quizás así se podría interpretar-. Por otra parte, también debemos despresurizar o desmoralizar un poco la crítica a esta mujer, porque en ningún lado dice que sea adúltera, ni que sea infiel, ni siquiera que se haya divorciado cinco veces. Recuerden que en Israel no había divorcio femenino, solamente el hombre podía presentar el acta de divorcio (cf. Dt 24, 1-4). O sea, que aun en el caso que hubiera habido divorcio, ella no lo habría pedido, habrían sido sus maridos. ¡Capaz que no la aguantaban ni las pulgas a la mujer!...esto sí es cosa mía. O también se puede interpretar que la mujer estaba viviendo en concubinato con el último: “el que tienes ahora no es tu marido” (cf. Jn 4,18). No lo dice, pero, ¿qué, era esposo de otra? Y si está viviendo con éste que era de otra, ¿entonces? Pero tampoco lo dice. Inclusive se puede pensar -ésa es mi modesta interpretación-, que capaz fue

viuda cinco veces. ¡Tuvo esa suerte...no, es broma! Recuerden que hay un libro antiguo, el de Tobías, donde claramente dice la Biblia que su esposa había sido viuda siete veces; es un número simbólico, todo lo que ustedes quieran, pero esa era una especie de maldición o como una especie de destino de esterilidad de Sara, que luego se casa con Tobías (cf. Tb 3, 7-11.16-17). En fin, entonces esta mujer samaritana también puede haber sido viuda cinco veces.

Pero además de todas estas trivialidades, curiosidades y secretos, hay algo más sorprendente en materia de las confidencias. El Evangelio de San Juan tiene 21 capítulos y este pasaje que leímos hoy está en el cuarto, diríamos que casi al principio. Si leemos tanto a San Juan como a los paralelos -Marcos, Mateo o Lucas-, vemos que Jesús en repetidas oportunidades expresamente prohíbe que se diga que Él es el Mesías, que Él es el Cristo. Cuando hace exorcismos, cuando expulsa demonios, o cuando lo reconocen como el Mesías, prohíbe claramente que lo digan, y a eso se le llama el “secreto mesiánico”. ¿Para qué lo hace? Para que en momento oportuno, cuando las personas estén maduras o hayan crecido en su fe, poder revelar el misterio de su mesianidad. Y aquí, capítulo cuarto de San Juan, ¿Él mismo va y directamente se lo cuenta a la samaritana?: “¡Sí, soy yo el Cristo!”. “¡Sí, soy yo el Mesías!”. “¡Sí, soy yo, el que está hablando contigo!” (cf. Jn 4, 26). O sea, no sólo Jesús nos confía eso a

nosotros, a través de los evangelistas, sino que a ésta -que de aquí en adelante se ha hecho famosísima- directamente le cuenta el secreto mesiánico. ¿Pero y cómo? Le prohíbe a todo el mundo que lo divulgue, ¿y a ésta va y se lo cuenta? Y ésta, ya vieron, fue y lo publicó. Él no le dijo: “Guarda el secreto”. ¡Para qué, si lo publicó y se lo dijo a todo el mundo! (cf. Jn 4, 28-29). Eso en primer lugar.

2) Los “cinco maridos”

Ahora les voy a comentar brevemente lo de los cinco maridos, porque precisamente Jesús utiliza este relato no sólo por las noticias escabrosas que nosotros podemos andar curioseando por ahí, sino porque, generalmente a nivel bíblico y más aún en el Evangelio, las revelaciones que va haciendo Jesús siempre son “en relación”, siempre las hace utilizando la relación con el otro. Él no sólo expresa una doctrina, no sólo hace una prédica, no sólo da una clase, sino que se trata de una relación, algo que tenga que ver con el afecto, con el amor, con la atracción, o aun con el engaño. Así se utiliza en Oseas (cf. Os 2), en Jeremías (cf. Jr 2), en Ezequiel (cf. Ez 16), y ni qué hablar de Jesús con la samaritana, en las Bodas de Caná (cf. Jn 2, 1-11), o de Jesús y los apóstoles: siempre es en una relación, en algo que involucre lo afectivo, que involucre lo emocional, o sea, que involucre el amor. Esa es la

materia prima que Jesús toma en sus manos para elevarla; no son solamente las ideas, las conductas, las normas, las obligaciones, sino el amor, lo que tengas. Tan es así, que de la Magdalena, que bien sabemos era de mala fama, probablemente de prostitución, Jesús dijo: “Amó mucho” (Lc 7, 47). No fue directamente a censurarla, cuestionarla o criticarla sino que, aprovechando esa materia prima, sin asco y sin vergüenza, tomó lo que había para elevarlo.

Y acá hace lo mismo con la samaritana. Por lo tanto, ahí aparece lo de los cinco maridos. Uno puede pensar: “¡Ésta tenía unos cuántos kilómetros arriba!”. Pero el asunto es que en la Biblia se utiliza lo de los cinco maridos en referencia al Segundo Libro de los Reyes (2R 17, 24), donde es un número simbólico, por más que los curiosos estén tratando de sacar otras conjeturas. Antiguamente, cuando Samaria fue dominada por Asiria, los conquistadores trajeron cinco comunidades asirias para colonizar esa zona, cada una con sus dioses paganos, y por eso los samaritanos adoraban en el Monte Garizim. Y esas cinco comunidades asirias que se instalaron en Samaria con sus cinco o siete dioses, probablemente sean los cinco maridos de la samaritana, no solamente hombres de carne y hueso sino los cinco ídolos que en aquel momento Samaria adoró, o los cinco reyes que la dominaron.

3) Agua viva

Y en ese contexto de confianza, de relación, de desvirtuación o de idolatría, es que Jesús pide agua. Les dije que prestaran atención en la primera lectura, porque el tema de la sed no solamente es un tema bíblico que tiene relación con el pueblo de Israel en el desierto (cf. Ex 15, 22-27). Precisamente en la zona de Medio Oriente, entrando al Golfo Pérsico, hay un país que se llama Omán y están los Emiratos Árabes -lo digo para quien anduvo por ahí navegando, camino a Irak-. Bueno, entrando al Golfo Pérsico, justamente hay unas zonas desérticas donde se valora mucho el agua y donde existe una serie de manantiales, los aflaj, que se alimentan con agua que está a unos treinta metros de profundidad. Entonces, en la medida en que se logra acceder a esa agua, riegan toda la zona y le dan vida. O sea, el tema del agua no solamente es vital desde el punto de vista material, químico y físico, sino que también con agua bautizamos a los niños y bendecimos a la gente: tiene un sentido espiritual. “Dame agua” (cf. Jn 4, 7) es como decir: “Dame la bendición”, “Dame lo más interior que tú tengas”. Eso mismo va a decir Cristo en la cruz: “Tengo sed” (Jn 19, 28). Jesús prácticamente termina sus días reclamando agua, reclamando lo de adentro, como pidiendo agua de manantial y no solamente agua de aljibe, porque en su simbolismo la de aljibe es la que recogemos de arriba, de

la lluvia, y la de manantial es la que sale de adentro, la que viene como purificada.

Tres capítulos más adelante Jesús dice: “El que tenga sed que venga a mí y beba, y del que crea en mí saldrán de su interior ríos de agua viva, manantiales que broten hasta la Vida eterna” (cf. Jn 7, 37-38). Por lo tanto, hay todo un simbolismo con el agua viva, con lo interior, con lo que tienes dentro, con lo que está oculto, con lo que ni siquiera tú sabes. “Dame de esa agua”, no sólo se refiere al agua del brocal. Jesús va elevando las miras, hasta el punto de decir: “Yo te daré la verdadera agua viva, que es la que brota dando la Vida eterna” (cf. Jn 4, 14).

4) Semilla y cosecha espiritual

Por eso también utiliza el simbolismo de la cosecha o del sembrador, cuando dice: “Las mieses están prontas para la siega” (cf. Jn 4, 35). Con ese simbolismo de la cosecha o de la siembra, del sembrador o la semilla, Jesús también está refiriéndose a ese significado de la semilla como la Palabra de Dios, de la prédica para la cosecha que es en la Vida eterna. Dicho sea de paso, el viernes pasado leíamos aquí en la misa sobre José, hijo de Jacob, aquél a quien sus hermanos meten en un pozo, luego lo venden como esclavo y termina en Egipto interpretando sueños (cf. Gn 37 y 39-41). Hay varias películas muy lindas, como “José,

el príncipe de los sueños”. Bueno, José fue metido en un pozo allí en Siquem, por eso les mencioné Sicar y Siquem, ya me encargué de estudiarlo, está cerca de Dotán. Y digo yo: ¿no será que en el mismo pozo en el cual José fue escondido para luego ser vendido como esclavo, es donde ahora Jesús le está pidiendo agua a la samaritana? Diríamos: en el mismo pozo en el que te caíste para tu perdición, ¿no será ahora para tu salvación por la acción de Cristo? Las dos historias suceden en los mismos lugares, en pleno desierto, donde hay un solo pozo muy famoso, el pozo de Jacob. Es otro simbolismo de caída, de pecado, de vergüenzas, pero también de recuperación y de Vida eterna.

5) “Yo soy”

Todo esto para desembocar definitivamente en el “Yo soy” de Cristo: “Yo soy, el que habla contigo” (cf. Jn 4, 26). Esa expresión, “Yo soy”, es la misma que Dios usa con Moisés cuando éste le dice: “Dime tu nombre, para que mis paisanos me crean”, y Dios le responde: “Yo soy el que soy”(cf. Ex 3, 13-14). El término hebreo *YHWH*, es decir, Yahvé -al que le ponemos unas vocales para poder pronunciarlo-, se traduce por ese “Yo soy” que dice Dios a Moisés y significa el nombre de Dios impronunciable. Tanto el nombre “Yahvé” como “Jehová”, siempre son las

mismas iniciales: *YHWH*. Ahora, la respuesta que usa Jesús con la samaritana -“Yo soy”-, es lo mismo que: “Yo soy Dios”; no se lo dice textual, pero se lo da a entender con esto. Y no solamente lo utiliza como en otros pasajes bíblicos, en los cuales Jesús adjetiva el “Yo soy”, por ejemplo cuando dice: “Yo soy el buen pastor” (Jn.10, 11), “Yo soy la puerta” (Jn 10, 9), o “Yo soy la luz” (Jn 8, 12); acá es sin adjetivar: “Yo soy”. Es la misma frase que Dios utiliza con Moisés y que, de repente, es la que a veces utilizamos en la adolescencia para preguntarnos: ¿quién soy yo? Varias veces hemos meditado sobre esto y hemos reflexionado en cómo ese “yo soy” no es únicamente un acontecimiento psicológico que busca responder para qué estoy en el mundo, cuál es mi personalidad, cómo tengo que definir mi destino, etc. Es también un acontecimiento cristiano: ¿quién soy yo en relación a Cristo? Como dijo Juan Bautista: “Yo soy una voz que lo anuncia” (cf. Jn 1, 23); o como dijo San Pablo: “Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (cf. Gá 2, 20). Es decir, dejo de lado mis expectativas humanas y me vuelco en Cristo, ya no me importa quién soy yo sino que Él viva en mí pues, al decir de San Pablo, “mi vivir es Cristo” (cf. Flp 1, 21).

Y también ese “yo soy” del cristiano -perdonen los juegos de palabras, pero es así- que no soy yo psicológicamente sino que soy en relación a Cristo, dijimos claramente que es lo que produce frutos. La perseverancia, la permanencia en estar en Cristo, es lo que verdaderamente produce

frutos cristianos. Y es lo que también, cerrando el ciclo afectiva o emocionalmente, produce miedo. Cuando Jesús se aparece en medio de la noche a los discípulos y los discípulos tiemblan, Jesús les dice: “¡No teman, soy yo!” (cf. Jn 6, 20). ¿Se acuerdan qué les puse en la cartelera? Como si los discípulos le respondieran: “Sí, por eso tenemos miedo, porque eres Tú, porque Tú eres un Dios celoso, porque Tú eres un Dios todo abarcador, porque Tú eres un Dios que ama, que se compromete, que confía, que se entrega hasta en su Cuerpo y en su Sangre. Claro que estoy nervioso, precisamente porque Tú eres el Mesías y el Salvador del mundo”.

De todo esto, queridos hermanos, trata este pasaje con la samaritana en este tercer domingo del Tiempo de Cuaresma. Y como no puede ser de otra manera, vamos a estar invocando a María Santísima, Aquélla en la cual la samaritana probablemente se haya inspirado también, como mujer. Dice San Agustín que la samaritana es un tipo o figura de la Iglesia. Pues bien, la Iglesia tiene a María por prototipo, por modelo de la confianza en Cristo, de la entrega, del agua viva que salta hasta la Vida eterna. Del agua del vientre de María, nació Cristo. ¿De qué agua mejor vamos a estar hablando, que de la del vientre de María Santísima, en la cual fue incubado el Salvador? Y también hoy, 19 de marzo -aunque la Solemnidad de San José la pasamos para el día de mañana, para que no se superponga con el Domingo, día del Señor-, vamos a estar

invocando esta Trinidad que tenemos en el rincón: junto a María Santísima, su esposo San José con el Niño. Por eso, nos dirigimos a María y José, para que ambos nos acompañen en el peregrinaje por esta vida hasta el Reino de los cielos, hasta la Patria eterna, que es su Hijo, el Hijo de María, el Hijo adoptivo de José, Jesús nuestro Señor, que es nuestro Salvador. Y ya que tradicionalmente es Solemnidad y fiesta de San José, esposo de la Virgen y padre legal de Jesús, felicitamos a todos los “José” y Pepes aquí presentes. Que así sea.

